

lismo, sin que queden claros los objetivos que se persiguen con esa insulsa acumulación de datos.



A su turno, las citas textuales son frecuentes, excesivamente largas y en muchos casos innecesarias, lo que acontece, por ejemplo, con las resoluciones del gobierno central, las cartas de algún caudillo o clérigo y los partes de guerra, que bien habían podido resumirse o presentarse concisamente. Al respecto, es elocuente el capítulo titulado “Los conventillos se convierten en bandera de batalla”, de cuyas dieciséis páginas doce están formadas por interminables citas, dos de ellas de tres páginas cada una. En este caso se observa poco esfuerzo de elaboración y de síntesis, como también acontece en otros capítulos, en donde se incurre en citas de dos o tres páginas, muchas de ellas absolutamente secundarias, de las que se podría prescindir sin que eso alterara para nada la descripción; antes por el contrario, la haría más fluida y atractiva para el lector.

Un tema central que atraviesa el libro, el del conflicto Iglesia-Estado desatado tras la independencia, no es estudiado con profundidad, aunque se mencionan elementos interesantes sobre el Patronato, la masonería y los curas patriotas que sirvieron a la causa de la emancipación y a la naciente administración republicana. Pero éstas son sólo pinceladas sueltas, o simples esbozos, porque no existe ningún análisis sustancial que los vincule con la guerra de 1839, en donde precisamente la Iglesia va a desempeñar un papel crucial. Resulta desconsolador que no se analice con seriedad el papel

de la Iglesia, cuando en ciertos apartes el autor critica de paso el poder material de esa institución, y a los conservadores, tipo Sergio Arboleda, que se aliaron con ella. Era de esperarse que, con esos enunciados críticos, que también se extienden al centralismo asfixiante del Estado colombiano, el autor profundizara en el esclarecimiento de un tema tan crucial para entender la intolerancia política colombiana, como es el relacionado con la influencia social y cultural de las jerarquías eclesiásticas. Pero nos quedamos esperando eso para otra oportunidad, porque en el libro que hemos comentado ese análisis brilla por su ausencia.



Para concluir, en lo relativo al estudio de las guerras civiles —tema con el que iniciamos esta reseña—, al cerrar el texto de Álvaro Ponce Muriel queda uno con la sensación de no haber avanzado un ápice en la explicación a fondo de por lo menos una de ellas, la de los Supremos. Esta guerra, como las otras del siglo XIX, sigue esperando a aquellos historiadores que rebasen la simple crónica; es decir, que no se limiten a describirnos los acontecimientos políticos y militares más evidentes, sino que intenten aproximarse a las razones que la explican y a los sectores sociales que en ella participaron (peonadas de indios, negros y mestizos), puesto que, a propósito de esto último, parafraseando a Bertolt Brecht, podemos preguntar si los caudillos supremos de la guerra de 1839 no necesitaron siquiera a un humilde cocinero para librar sus “heroicos” combates. Por lo visto, en el libro comentado la respuesta parece ser que no requerían a los humildes y menesterosos, sencillamente porque para la “historia de bronce”, un gé-

nero muy cultivado en este país, la historia real sólo la hacen los “grandes hombres”, sean estos curas, militares o gamonales.

RENÁN VEGA CANTOR  
Profesor titular,  
Universidad Pedagógica Nacional

## El tigre se convirtió en gatito

### Estudios regionales en Antioquia

Varios autores (antología)

Consorcio Estudios Regionales en Antioquia, Medellín, 2004, 223 págs.

Como volumen que compendia, el libro en reseña es una antología de ponencias expuestas en un seminario que fuera convocado y efectuado en el 2002 por el Consorcio Estudios Regionales en Antioquia, y de una u otra forma su temática sintetiza y evalúa las tesis que se han elaborado sobre la historia departamental de los dos últimos decenios.

Para la publicación de *Estudios regionales en Antioquia*, el Comité Académico del Consorcio tomó algunas de las conferencias presentadas que no gozaban aún de una edición y que estaban acompañadas, como su anexo, de un comentario. Con ello, además de su valor teórico, se cubría un espacio académico y social, tan indispensable para este tipo de obras, que por lo general sólo son escuchadas o conocidas por un grupo de profesores y de estudiantes interesados en el tema, para después caer en el olvido, visitadas por el comején y por toda clase de insectos que se posesionan del papel en oscuras estanterías, batiendo, como guerreiros de la nada, sus antenas.

Gracias a que se tuvo una política cultural insecticida, el lector puede hacer suyos los textos de *Estudios regionales en Colombia*. El resultado en cuanto a contenido presenta, en buena parte, un balance de los textos que han trabajado la historia regional, así como una “aproxima-

ción a los itinerarios que han seguido los estudios sobre el tema en la región, a partir de los cuales se puedan identificar algunas líneas temáticas y algunos tópicos susceptibles de ser abordados en trabajos más sistemáticos que sería necesario realizar en el futuro” (pág. 75).



Además de la presentación que realiza Juan Felipe Gaviria Gutiérrez y del prólogo del historiador Álvaro Tirado Mejía, aparecen cuatro ponencias expuestas en el simposio por cinco investigadores colombianos (Beatriz Patiño Millán, María Teresa de Uribe, Clara Inés García y el último de los trabajos, debido a dos autores: Marta Elena Bravo de Hermelión y Édgar Bolívar Rojas). A cada una de las tesis, con su visión regional, se le agregó un comentario crítico que de igual modo hace síntesis. El texto concluye con dos estudios regionales en Europa y América Latina que realizan, cada uno por su parte, Laureano Lázaro Araújo, español, y Sergio Boisier, chileno. Los autores se interesan por dar una dinámica, una interacción entre lo global y lo regional, donde las equivalencias de estas dos fuerzas se expresan en lo que significa mantener su estado presencial como producto de región o entrar, por presiones externas, a romperse. Al respecto, Álvaro Tirado Mejía trae un ejemplo que sintetiza: “Yo diría —un poco abruptamente— que en 1950 Antioquia limitaba por el norte con Planeta Rica y por el sur con Aguadas, hoy Antioquia limita con Miami porque hay nuevas situaciones” (pág. 17).

Cada capítulo del libro presenta una relación sobre lo que se ha escrito en las regiones y en las subregiones

como un viaje bibliográfico por Antioquia; una relación entre lo imaginado de una región a través de las formas narrativas, las memorias o sus vocabularios; una indagación sobre lo que ha significado el desarrollo desigual de las regiones para explicar el apuntalamiento de lo particular, o una indagación sobre lo que significa ser antioqueño.

Este libro colectivo tiene un hilo conductor que viene de atrás, del pasado, y que articula en el análisis la importancia de lo que ha significado el estudio de lo regional. Los estudios sobre lo regional no ocurren por primera vez en Antioquia; se remontan a agosto de 1979, cuando en Medellín, auspiciado por la Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales (Faes), se reúnen en simposio veinticuatro personas, casi todas dedicadas al conocimiento de la economía y la historia. Según Juan Felipe Gaviria Gutiérrez, eran otros tiempos. Seguía vigente en el pensamiento de los jóvenes la revolución de mayo del París de 1968 y había para entonces un hervidero ideológico donde casi todas las discusiones se veían con la óptica del marxismo. La academia era de debate y el mundo universitario, como parte de esa vehemencia, participaba en todo. La juventud estaba viva, inclusive en sus equivocaciones, y se arriesgaba, además de la política, en las novedades que traían la literatura, la filosofía o la música, entre muchas otras dimensiones de la vida. Con el transcurrir del tiempo, la situación política cambió y se hizo más difícil la existencia de los grupos liberantes: “La efervescencia política vivida a fines de los 60 y comienzos de los 70, empieza a atenuarse a golpes de represión visible y escondida” (pág. 9). Este comentario establece cómo con el paso de los años la universidad se adormece y el debate entra en una especie de limbo que impide actualizar la dinámica que llevan los pueblos.

Sólo al segundo año de iniciarse el siglo XXI el debate tiene auspicio y, por lo tanto, se levanta de su modorra. El Consorcio de Estudios Regionales, que reúne varias insti-

tuciones académicas y de interés para Antioquia, decidió conocer en qué estado se hallaban el estudio y las investigaciones locales. Entre muchas de las hipótesis que lograron aclarar estuvo la de haber entendido que hubo temas de 1979 que desaparecieron. De igual modo se estableció la presencia de otros intereses regionales, muy diferentes de los que motivaban en decenios de más atrás. Ya no era urgente “una visión sistemática sobre las minas y los mineros, el comercio y los comerciantes de Antioquia, el café en la vida de la región, los comentarios comparativos sobre el desarrollo de Medellín —del profesor francés Frédéric Mauro—, el desarrollo histórico de la industria y la expansión de la estructura industrial, la política y los políticos de Antioquia” (pág. 15).



Veinte años fueron suficientes para que lo que antes era considerado conveniente de analizar para dar respuesta a los dilemas de la región, pasara a ser reemplazado por otras consideraciones. Política, gestión cultural y otros temas concernientes son ahora tenidos en cuenta dentro de la posibilidad de múltiples lecturas. La tinta sale del tintero para hacer con su caligrafía exposición de ideas sobre temas que treinta o cuarenta años atrás eran amorfos o incomprensibles y, en el peor de los casos, visto desde la óptica de un esquema por patrones que sólo encajaban ideológicamente en lo llamado “universal”. Ahora, para el simposio del 2002, “referirse al desarrollo cultural implica considerar las políticas públicas que lo orientan,

pero ya no como una cuestión determinada por patrones materiales, sino vinculada al sentido de la vida que las colectividades construyen, abandonando así la concepción erudita y esteticista de la cultura para situarla en su más profundo significado antropológico, como 'la manera en que los individuos y las colectividades viven, piensan, se organizan, celebran y comparten la vida', es decir, como un poliedro en el que se refractan en los diversos ámbitos de la existencia los sistemas de valores, las visiones del mundo, las pautas de comportamiento y los estilos de vida, a través de múltiples operaciones simbólicas y formas comunicativas" (pág. 136).



Entender esto desde el punto de vista de lo adoptable, de lo que debe ser o lo que más conviene, no significa que hayan desaparecido vicios regionales de mal entender la cultura, de apreciar desde el mito lo que significa ser antioqueño. La anécdota traída para explicar los efectos de una mentalidad que puede rayar con la intolerancia y la xenofobia se encuentra en todos los niveles, es decir, hasta en el concurso de personas que en un momento dado han ocupado lugares donde exponer sus puntos de vista, pero que pueden resultar inconvenientes: "Hace sólo unos días —cuenta Gaviria Gutiérrez—, durante la conferencia de Mario Vargas Llosa en la reciente feria del libro una de las personas sentadas en la mesa principal decía en su discurso, que en Antioquia bien nos podíamos saltar el himno nacional, pero no el de la patria chi-

ca, así mismo la publicidad en el Metro (una de nuestras últimas gestas de grandeza) dice sin rubor: 'Antioquia el mejor país de Colombia', de otro lado las frases de Antioquia federal pululan en los taxis y en las gargantas de los comentaristas deportivos y los más niños ya se sienten tocados por el hábito de grandeza de la raza paisa" (pág. 10).

El simposio del 2002 precisa que, desde 1980, la investigación está marcada por la tendencia de lo regional. De este modo se supera el estancamiento que se había producido por el estudio sobre los temas de la violencia. La violencia contemplada desde un país general, con visión desde lo "universal", pasó su análisis a un enfoque más preciso en el marco de lo regional. Se analizan de este modo los fenómenos locales. Se pudo hacer comprensible el porqué en unas regiones, más que en otras, se vive con más vehemencia el conflicto. La precisión del estudio por regiones tuvo que ver, por ejemplo, en Colombia, con casos como los de Urabá, Magdalena Medio, Guaviare o Casanare.

Como ya se dijo, uno de los estudios expuestos y publicados en el libro, corresponde a Clara Inés García. La historiadora establece en qué cantidad o porcentaje se han desarrollado las investigaciones sobre estos episodios de intemperancia. Los resultados muestran en cifras los diferentes énfasis que sobre el asunto se dieron en los centros académicos: "El 65% de la producción teórica se genera en la Universidad de Antioquia y el 35% en universidades de Bogotá. En esta ciudad son el Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (Iepri), de la Universidad Nacional, de la Universidad de los Andes y de la Universidad Javeriana los que realizan estudios o tesis de pregrado en el tema" (pág. 103).

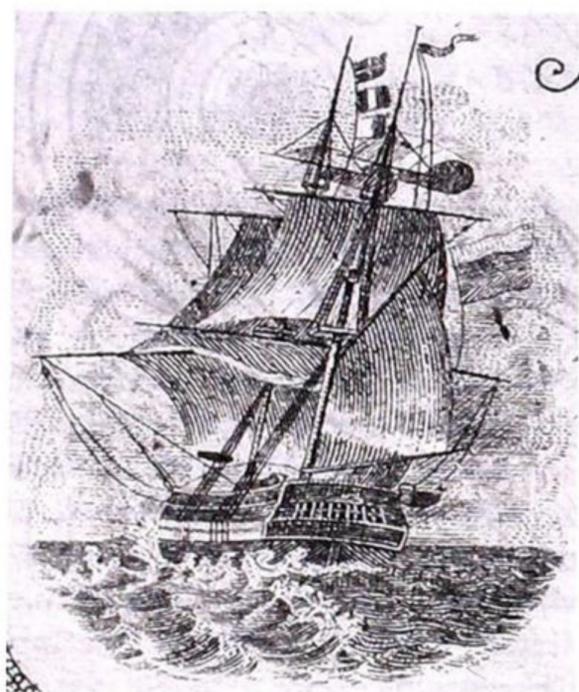
Entre los comentarios que forman parte de *Estudios regionales en Antioquia* se encuentra uno, escrito por el investigador Óscar Almario García, que se refiere a la ponencia de la historiadora Beatriz Patiño. Vis-

tas de conjunto, las observaciones planteadas por el historiador tienen una orientación diferente frente al tema. Aparecen como el aguafiestas, con argumentos bien fundamentados. Arrancan con un reclamo que deja en evidencia el poco interés para la difusión de los informes que se realizan. Por lo general, "quedan sólo para utilidad de los anaqueles de las bibliotecas, porque son difíciles de consultar y porque la mayoría de las veces ni siquiera se conoce su existencia" (pág. 59). Este señalamiento muestra una vez más que hace falta una política de divulgación de los temas históricos. Y no se trata de un difundir por difundir, sino de un difundir para encontrar conocimiento que dé soluciones. Por lo general se trata de trabajos que requieren mucho tiempo, mucho empeño por parte de los especialistas que hacen recopilación de referencias y de enlace de ideas que se hallan sueltas, imbuidas en el ritmo veloz de las sociedades que producen hechos y situaciones históricas. Los anaqueles de las bibliotecas donde dichos informes van a parar, en vez de ser lugar de difusión, se convierten en lugar de reposo, de cripta documental.



El historiador Eric Van Young, citado por Óscar Almario García, hace una definición muy casera, pero a la vez muy dicente del complejo concepto de región: "[...] las regiones son como el amor, difíciles de escribir, pero las conocemos cuando las vemos" (pág. 61). A partir de ello, el historiador colombiano, como quien deshoja una margarita, busca los síes y los noes de una cues-

ción que parece evidente, dado que, como sigue argumentando el citado Young, "la mayoría de nosotros piensa que ya sabe lo que es una región: el área que estamos estudiando en ese momento" (pág. 61). De aquí se desprenden varios reclamos sobre lo que el investigador interesado en la región debe asumir. Es por ello que todo estudio de región debe ir más allá del amor a primera vista. La analogía amor-región debe ser superada y crear una solidez en un modelo conceptual que ayude a pensar y trabajar sobre un "destino más o menos claro".



El tema de territorio demarcado que se separa de ver la historia como "universal", tuvo su momento en los años que siguieron a 1970, cuando para entonces al hoy fallecido historiador Germán Colmenares le pareció que el concepto de región les facilitaba a los investigadores "salir de la cárcel de los modelos abstractos que no se sometían a una contrastación empírica, a la que parecía haberlos condenado el ambiente académico e ideológico de aquellos años" (pág. 63). Sin embargo, entre la serie de preguntas que surgen en torno al proyecto región, se halla la de saber qué tanto se pudo desarrollar; es decir, si después de que muchos lo entendieron, qué tanto se empleó o se aplicó para hacer las investigaciones. La conclusión a la que llega el historiador Almarío García es la siguiente: "El tema desapareció de los congresos naciona-

les y regionales, los grupos que la practicaban se diluyeron, sus animadores se agotaron" (pág. 65). De este modo, para el historiador citado, el tigre anunciado se convirtió en un gatito inofensivo, y esto, en cierta medida, por la arrogancia intelectual que no ha desaparecido del todo de los intelectuales.

ÁLVARO MIRANDA

## Territorio Mutis

### Del lado de acá

La altiplanicie donde se halla situada la sabana de Bogotá, a 2.600 metros sobre el nivel del mar, tiene un cielo despejado que vuelve aún más verde el oscuro marco de sus montañas. Pero al tomar la carretera que lleva a tierra caliente, y pasar por el salto de Tequendama, las curvas del camino producen una sensación ambigua de mareo y asombro. De paulatino despojarse de suéteres y chaquetas e incremento, en la piel, en los ojos, de tibieza y vértigo. Pasamos bajo las gárgolas góticas talladas en milenarias piedras chibchas y nos asomamos, con el corazón en la boca, a los abismos más insondables. Allí abajo, muy abajo, casi invisible, un delgado hilo de plata nos recuerda que las cordilleras más empinadas pueden resultar horadadas por el diamante líquido del agua.

Seguimos así los meandros de esos ríos pacientes. Vemos cómo las narices del diablo se proyectan sobre un vacío devorador y nos distraemos con altísimos árboles aferrados con garras y dientes a las resbaladizas laderas. Entretejen un palio de verdor más claro y una flora dulce. Roja, rosa, azul, morada, que comienza a estallar bajo nombres grávidos: novios y geranios, cámbulos y gualandayes. De golpe, a la derecha, una cascada imprevista desciende con el rumor luminoso de su música única.

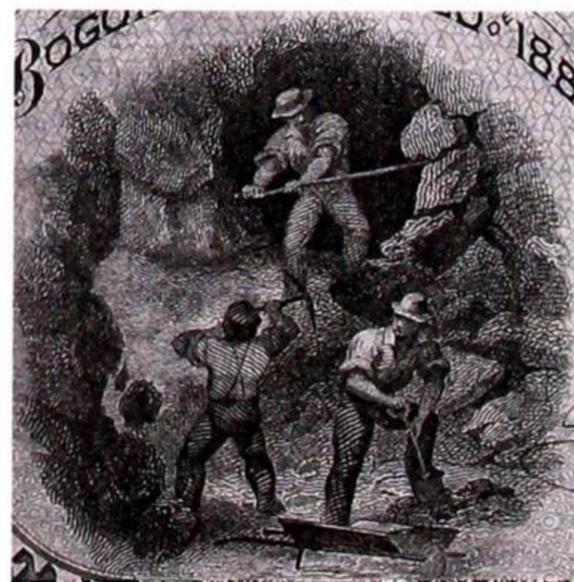
Los tajos en la vertiente se convierten así en una descomunal pantalla donde nos es dado contemplar

toda la botánica colombiana, desde las nieblas perpetuas de los páramos hasta las planicies ocre y amarillas de los esteros tropicales. El Magdalena, el Cauca.

Seguimos así, encerrados en ese embudo claustrofóbico que a cada metro de descenso nos recalienta aún más la sangre. Igual sucede con los carros que, al bajar más de mil metros en media hora, petardean acezantes. Quieren, como todos, refrescar la garganta. Una agria, como llaman a la cerveza, o un refajo, mezcla de cerveza y gaseosa, son despachados en las tiendas del camino. Una se llama *La última vuelta*. Otra: *La nieve del almirante*.

Los buses de pasajeros, las flotas, los fatigados camiones de carga, con ganado o con barriles de petróleo, el cascabeleo sonoro de los caballos de paso, los mercados a la vera del camino, los agobiados burros con su carga de café en el lomo, los recios mulatos, las campesinas de pañolón y sombrero negro de paño, los niños sonrientes y desharrapados: la sempiterna, altiva, propia, resignada, maliciosa, terca pobreza colombiana.

Toda ella poblada de quimeras. No la lotería o la ruleta en la plaza, sino el buscar entierros precolombinos, donde las grandes urnas funerales de barro albergan los sapos, serpientes y aves de oro de los orfebres milenarios. Para ello habrá que escarbar en muchas parcelas y soñar con rabia, hasta que se revele el lugar sagrado.



O los socavones de una mina abandonada. O un aserradero, en el laberinto húmedo y evasivo de la